Teatro Francés

El mentiroso

DON LUIS

Veo que estorbo; pero, a decir verdad, si tú estas cansado de verme, más lo estoy yo de tus locuras. ¡Ah! No sabemos lo que nos hacemos al no dejar al cielo el cuidado de lo que nos conviene, al querer ser más previsores que él, al importunarle con nuestros desvaríos y absurdas peticiones. Yo deseé tener un hijo, con fervor sin igual, se lo pedí sin des-

canso, con arrebatos increíbles, y el hijo que obtuve, molestando al cielo con mis votos, es la pesadilla y el suplicio de esta mi vida, cuya alegría y consuelo esperaba que fuese. ¿Con qué ojo piensas tú que pueda yo ver ese conjunto de acciones indignas, cuya gravedad cuesta trabajo atenuar a los ojos del mundo; esa serie continua de despilfarros, que me obligan a cada instante a impetrar las bondades del soberano y que han agotado para con él el mérito de mis servicios y el crédito de mis amigos? ¡Oh! ¡Qué bajeza la tuya! ¿No te ruborizas de no merecer tu nacimiento? ¡Oh! ¿Tienes derecho, dime, de envanecerte por ello? ¿Qué has hecho en el mundo para ser gentilhombre? ¿Crees tú que basta con llevar el nombre y las armas, y que es glorioso descender de sangre noble, cuando se vive en la infamia? No, mil veces no; no es nada el nacimiento donde la virtud falta. Solamente tenemos parte en la gloria de nuestros antepasados en cuanto nos esforzamos en imitarlos, y aquel brillo de sus acciones que difunden sobre nosotros nos impone la obligación de devolverles el mismo honor, de seguir la senda que nos trazaron, de no degenerar en su virtud, si queremos ser tenidos por verdaderos descendientes suyos. De nada te sirve el descender de los abuelos de que has nacido, si te condenan por

tu sangre. Ni te da ventaja alguna cuanto hicieron de ilustre; por lo contrario, su brillo no se refleja en ti sino para tu deshonra, y su gloria es una antorcha que alumbra a los ojos de todos la vergüenza de tus acciones. Aprende, en fin, que el gentilhombre que vive mal es un monstruo de la naturaleza; que la virtud es el primer título de nobleza; que yo atiendo mucho menos al nombre que se firma que a las acciones que se ejecutan, y que consideraré más al hijo de un mozo de cuerda, si es honrado, que al hijo de un monarca que vive como tú.

CORNEILLE.

Andrómaca

ANDROMACA

¿Y olvidarlas
deberé yo también? ¿Quieres que olvide
a mi esposo insepulto y con infamia
arrastrado en redor de nuestros muros?
¿Olvidaré a mi padre al pie del ara
inmolado a mis ojos? ¡Oh inaudita
atrocidad! ¡Oh noble infortunada!
¡Eterna noche para el frigio pueblo!
Me acuerdo bien que con feroz audacia,
todo cubierto en sangre, abriendo paso,
al resplandor del abrasado alcázar,

por entre mis hermanos degollados,
Pirro inflamaba la cruel matanza.
Aun oigo los horribles alaridos
del vencedor, y las rabiosas ansias
de los que el hierro atravesó cruento
y consumieron las voraces llamas.
Así a mi vista pareció: así supo
la corona adquirir que tanto ensalzas.
¡He aquí el esposo que ofrecerme quieres!
¡Ah! no será: ¡jamás! En vano aguarda
que yo sea su cómplice. A la madre
y al hijo, enhorabuena, de su rabia
como postreras víctimas, señale:
piérdase todo y sálvese mi fama.

CEFISA

Pues bien. Pirro te espera...Ven al templo
a ver morir a tu hijo...¡Qué! ¿te espantan
mis acentos? Tú tiemblas...

ANDROMACA

¡Ah, Cefisa!
¿Qué has dicho? ¿Al que nació de mis entrañas,
a mi hijo, a mi único consuelo,
al que es de Héctor la viva semejanza,
yo he de ver espirar? ¡Ay! Aquel día
en que salió con generosa audacia
a lidiar con Aquiles, ¡lid funesta!
enjugando mis lágrimas amargas
y tomando en sus brazos a Astianacte,
—"Cara esposa, me dijo, si a mis armas
fuere el hado contrario, si yo muero,
en este niño, en sus amables gracias,
una prenda tendrás de mi ternura.
Si es a tu alma lisonjera y grata
de un feliz himeneo la memoria,

haz conocer al hijo cuánto amabas
a su mísero padre"... ¡Oh Dios! ¿Y puedo
ver tan preciosa sangre derramada?
¿Y todos sus preclaros ascendientes
perecerán con él? ¿Su tierna infancia
en qué, bárbaro Pirro, te ha ofendido?
Si yo no puedo amarte ¿por qué causa
castigas su inocencia? ¿Acaso, inicuo,
la muerte de los suyos te echa en cara?
¿Se queja a ti de los horribles males
que aun no sabe sentir?... Mas, ¡oh tirana
impiedad! ¡oh barbarie! El muere, él muere
si el hierro que amenaza su garganta
no corro a detener... ¡Madre insensible,
tú misma le condenas inhumana...!
No: tú no morirás. Vamos, Cefisa,
vamos a ver a Pirro... Pero... aguarda...
mejor es que le veas en mi nombre...

RACINE.

Hernani

DON CARLOS, *solo*

¡Cuán dichoso fue el que duerme en este sepulcro! Y ¡cuán grande! En sus tiempos aún era esto mejor. El papa y el emperador no eran ya dos hombres; eran Pedro y César uniendo las dos Romas, fecundando una y otra en místico himeneo, dando nueva forma, nueva alma al género humano, fundiendo pueblos y reinos para hacer una Europa nueva y los dos

poniendo en el molde, por sí mismos, el bronce que quedaba del viejo mundo romano. ¡Oh! ¡qué destino! Y este sepulcro es el suyo. ¿Tan poco es todo que venga a parar en esto? ¡Cómo! ¡Haber sido príncipe, rey, emperador; haber sido la espada, haber sido la ley; como gigante, tener por pedestal Alemania, por título César, por nombre Carlomagno; haber sido más grande que Aníbal, más que Atila, tan grande como el mundo . . . y que todo pare aquí! ¡Ah! Pretender el imperio para ver luego el polvo que levanta un emperador; llenar la tierra de tumulto y ruido; construír, edificar sin decir nunca: *basta;* hacer un edificio inmenso, y luego . . . ¡qué! todo se reduce a esta piedra; y del título y la fama quedan algunas letras para que deletreen los niños; y por alto que sea el fin a que aspire el orgullo, todo para en esto. ¡Oh demencia! Sin embargo, el imperio . . . el imperio . . . Estoy tocándolo ya y es cosa de mi gusto. Algo me dice: "¡Lo tendrás, lo tendrás!" ¡Lo tendré! . . . Si lo tuviera . . . ¡Oh cielos! Ser el origen de todo, solo, de pie, en lo más alto de esa inmensa espiral!... la clave de una multitud de Estados escalonados unos sobre otros; y ver por debajo a los reyes, y por debajo de los reyes a los señores feudales, margraves, cardenales, duques; y luego a los obispos, abades, barones; y luego clérigos, soldados; y

luego, lejos de la cima en que estamos, en las sombras, en lo hondo del abismo, los hombres; es decir, un mar de gente, de ruido, de llantos, de gritos, de amargas risas a veces; queja que, despertando la tierra, llega a nuestros oídos, al través de tantos ecos, como bulliciosa música. ¡Los hombres! ciudades, torres, altos campanarios para tocar a rebato . . . . . Base de naciones que lleva sobre sus hombros la pirámide enorme apoyada en los dos polos; oleadas vivas que siempre la balancean, mudan de sitio las cosas y sobre sus altas crestas mecen los tronos, de tal modo que los reyes, dando tregua a sus querellas, alzan los ojos al cielo . . . Reyes, mirad abajo. — ¡Oh! ¡el pueblo! ¡Qué océano! onda sin cesar movida, donde no puede echarse nada sin que todo se remueva y que derriba un trono y mece una tumba; espejo en que rara vez se ve bien parecido un rey. ¡Ah! cuántas veces, al contemplar ese sombrío océano, se verían en su fondo grandes imperios, grandes bajeles náufragos, que su flujo y reflujo hace rodar, que lo molestaban y que ya no conocen. ¡Gobernar todo esto; subir a esta cúspide, y subir sintiéndose al cabo simple mortal; tener a los pies el abismo! . . . Con tal que no me vaya a dar ahora un vértigo . . . ¡Oh! móvil pirámide de Estados y de reyes! ¡cuán estrecha es tu puerta! ¡Ay del

pie tímido! ¿En quién me apoyaré? ¡Si desfalleciera sintiendo estremecerse el mundo bajo mis pies y moverse y palpitar la tierra! Después, cuando tenga en mis manos este globo ¿qué haré de él? ¿Podré siquiera llevarlo? ¿Qué hay en mí? ¡Ser emperador, Dios mío, cuando es demasiado ser rey! ¡Ciertamente sólo el mortal de raza extraordinaria puede ensanchar el ánimo con la fortuna. Pero yo!... ¿Quién me hará grande? ¿quién será mi guía? ¿quién me aconsejará? (*Cae de rodillas ante el sepulcro.*) ¡Tú, Carlomagno, tú! Ya que Dios, para quien no hay obstáculos, toma nuestras dos majestades y las pone cara a cara, vierte en mi corazón, desde tu almo sepulcro, algo de grande y sublime. ¡Oh! hazme ver las cosas por todas sus fases: muéstrame que el mundo es pequeño, porque yo no me atrevo a tocar a él; múestrame que sobre esa Babel, que desde el pastor al César va subiendo hasta el cielo, cada cual en su clase se complace y admira, ve al otro por debajo y reprime la risa. Enséñame tus secretos de vencer y de regir y dime que más vale castigar que perdonar. ¿No es así? Si es verdad que en su tumba solitaria despierta a veces al ruido del mundo una gran sombra, y se entreabre el sepulcro y alumbra como con un relámpago la obscuridad del universo; si esto es verdad, emperador de

Alemania, dime, ¡oh! dime qué puede hacerse después de Carlomagno. Habla, aunque al hablar tu aliento soberano rompa en mi frente esta puerta. ¡Oh! déjame entrar en tu santuario; déjame ver tu faz, incorporado sobre tu marmóreo lecho. Aunque con voz fatídica me digas cosas que hagan temblar, habla y no me ciegues, porque tu sepulcro está sin duda lleno de claridad. O si no dices nada, deja que en tu paz profunda estudie Carlos de Austria tu cabeza como un mundo; deja ¡oh gigante! que te mida a su sabor... nada existe en la tierra comparable a tu no ser. Aconséjeme, si no su sombra, su ceniza. Entremos.

VICTOR HUGO.

El rey se divierte

TRIBOULET, *solo*

¡Cómo me maldijo el anciano! . . . Mientras me maldecía, me burlaba yo de su dolor, como un infame, y me reía; pero llevaba el espanto en el alma. (*Siéntase en el banco junto a la mesa de piedra.*) ¡Maldito! . . . ¡Ah! La naturaleza y los hombres me han hecho muy malo, cruel e infame, en efecto. ¡Oh rabia! ¡Ser bufón, ser deforme! ¡Siempre este pensamiento! Y

ya vele, ya duerma, cuando con él he dado la vuelta al mundo, venir a parar siempre a esto! ¡Soy bufón de la corte! ¡No querer, no poder, no deber y no hacer más que reír! ¡Qué exceso de oprobio y de miseria! Lo que tienen los soldados reunidos en rebaño al rededor de ese harapo que llaman bandera; lo que queda al mendigo español, al esclavo de Túnez, al forzado en su galera, a todo hombre que respira y se mueve: el derecho de no reír, de llorar, si quiere; ese derecho me falta . . . ¡Oh Dios! Triste y despechado, lleno siempre del disgusto de mi deformidad, celoso de toda fuerza y belleza, rodeado de esplendores que me vuelven más sombrío, adusto y solo, si quiero a veces recoger y calmar por un momento mi alma que solloza y llora amargamente, viene de pronto mi amo, mi alegre amo, que omnipotente, adorado de las mujeres, contento de vivir, de puro dichoso olvidado de la muerte, joven, gallardo, hermoso rey de Francia, me da un puntapié y me dice bostezando: Bufón, hazme reír . . . ¡Pobre bufón! Y es un hombre, con todo. Pero la pasión que hierve en su alma, el rencor, el orgullo, la cólera, la envidia, el furor, la eterna cavilación de algún mal designio . . . cuantos sentimientos le roen el pecho, desaparecen a una señal de su amo, y para quien su amo quiere se muestra el

juglar jovial y chispeante. ¡Qué abyección! Si se sienta, si se levanta, si anda, siempre siente el hilo que le tira del pie. Por todas partes desprecio y humillación. Así, señores míos, altivos caballeros ¡cuánto os odia el bufón! ¡Qué caros os hace pagar vuestros desdenes! ¡Qué bien sabe buscar sus desquites! Es el demonio familiar que aconseja, que tienta a su amo, y en cuanto puede agarrar entre sus uñas un alma, la destroza a placer. Vosotros le habéis vuelto malo y se venga. Pero ¡oh dolor! ¿es esto vivir? Mezclar hiel en el vino con que otros se embriagan, borrar todo buen instinto que germina en ellos, aturdir con cascabeles todo espíritu que quiere pensar, pasar como un genio maléfico por los festines, turbar la dicha de los que gozan, ansiar tan sólo el mal ajeno, y contra todos y por donde quiera, llevar en sí y derramar en todo, y guardar y esconder bajo burlona risa, el odio eterno que envenena el corazón . . . ¡Oh! ¡Cuán desgraciado soy!

VICTOR HUGO.

Cyrano de Bergerac

ROXANA (*Con voz trémula*)

Esto es amor . . .

CYRANO

¡Oh, sí! Este sentimiento,
triste y reconcentrado,
del amor más violento
tiene todo el furor desesperado.
¡Y egoísta no es, yo te lo fío!
¡Ah, no, que por tu bien diera yo el mío!

. . . . . .

¡Os hablo, y me escucháis, vos... vos, mi dueño!

¿No es esto demasiado? ¿No es un sueño?

. . . . . .

¡Son mis frases de amor, mi amante acento,
mi apasionada y trémula querella
lo que produce en ella
hondo estremecimiento! . . .
¡Sí! ¡Vos tembláis cual hoja entre las hojas!
¡Sí! ¡Tú tiemblas, mi bien, pues yo he sentido,
de ese balcón entre las verdes tramas,
de tu mano el temblor, que ha descendido
del jazmín a lo largo de las ramas!

(*Besa con arrobamiento la extremidad de una rama colgante.*)

ROXANA

¡Sí! Tiemblo, y tuya soy, y gimo, y lloro,
y embriáganme tus frases, y te adoro!

CYRANO

¡Venga la muerte, pues! ¡Yo, yo he sabido
causar esa embriaguez, ese embeleso! . . .
Sólo una cosa os pido . . .

ROXANA

¡Oh, sí! Decid . . .

CYRANO

Os pido sólo. . .

. . . . . .

ROXANA

Y hablábais de. . . de un . . .

CYRANO

Beso.
Dulce fuera el vocablo en vuestra boca;
mas no lo pronunciáis. Si os quema el labio,

¿qué no haría la acción? Sed generosa,
venced vuestro temor . . . Sin daros cuenta,
ha poco os deslizasteis, sin zozobra,
de la risa al suspiro y del suspiro
al llanto . . . Deslizáos más ahora
y llegaréis al beso sin notarlo,
pues la distancia entre ambos es tan poca
que un solo escalofrío los separa.

ROXANA

¡Callad!

CYRANO

Al fin y al cabo ¿qué es, señora,
un beso? Un juramento hecho de cerca;
un subrayado de color de rosa
que al verbo amar añaden; un secreto
que confunde el oído con la boca;
una declaración que se confirma;
una oferta que el labio corrobora;
un instante que tiene algo de eterno
y pasa como abeja rumorosa;
una comunión sellada encima
del caliz de una flor; sublime forma
de saborear el alma a flor de labio
y aspirar del amor todo el aroma.

EDMUNDO ROSTAND.